

Toma perfecta forma de repente,  
 Y al resplandor ingente  
 Del sol que va á surgir en lontananza,  
 Mirase que el vapor, ya condensado,  
 Una ninfa ha dejado  
 Que sobre el agua cristalina avanza.

Esbelta, leve, aérea, vaporosa,  
 Cual la mujer hermosa  
 Que la mente soñando concibiera;  
 Maravilla engendrada por el cielo,  
 De perfección modelo,  
 Tal es la ninfa grata y hechicera.

Vertiendo luz, perfumes derramando  
 Va la ninfa avanzando  
 Hasta que el fondo de la gruta pisa.  
 Al joven rey acércase anhelante,  
 Y en tan sublime instante  
 Cabal vigor le da con su sonrisa.

Al volver del sopor Cosijoeza  
 Detiene en la belleza  
 De aquel sér misterioso la mirada.  
 Que sueña aún el joven se figura  
 Y dilatar procura  
 La ilusión de su mente acalorada

La ninfa entonces llega al soberano,  
 Y tomando la mano  
 Que éste sin resistencia le abandona,  
 Así le dice con el blando acento  
 Con que susurra el viento  
 Cuando en las verdes matas se aprisiona:

« ¡Feliz mortal, indómito caudillo;  
 De tus guerreros brillo  
 Y de tu patria formidable escudo;  
 A tí que eres el rayo en la batalla  
 Que mata cuando estalla,  
 Príncipe poderoso, te saludo! »

Sintió Cosijoeza á tal acento  
 De extraño sentimiento  
 Horribles y á la vez gustosas penas.  
 ¿Qué dulce encanto aquella voz tenía  
 Que circular hacía  
 Desconocido filtro por sus venas?

¿Qué inconcebible mezela de delicia  
 Y dolor le acaricia,  
 Su sér rápidamente trasformando?  
 Siente que la visión fascinadora  
 Le atrae seductora,  
 El bien en su existencia derramando.

CAPILLA ALFONSO  
 1811 TORRE DE  
 ALFONSO

¿Qué tienen de la ninfa las miradas  
 Que en él están clavadas  
 Despidiendo una luz desconocida?  
 ¿Por qué siente en su pecho extraño fuego  
 Que consume el sosiego  
 Que disfrutó hasta entonces en la vida?

Fijando con ardor Cosijoeza  
 La vista en la belleza  
 De la ninfa que el sér le ha trastornado,  
 Dicele así con débil é insegura  
 Voz, á la que procura  
 Dar la expresión de su doliente estado:

«Hada, ninfa, visión encantadora,  
 Que en esta grata hora  
 Me das el bien robándome el sosiego,  
 ¿Qué poder misterioso en tí se abriga?...  
 ¡Ah! por piedad mitiga  
 El que en mí has encendido ardiente fuego!

«Sí, encanto de mi vida, yo te adoro  
 Y tu favor imploro,  
 Aunque sea tu amor un imposible.  
 Yo no sé si tu origen es divino,  
 Pero al verte adivino  
 Que sin tí mi existencia será horrible.

«Háblame por piedad; dime quién eres;  
 No más me desesperes;  
 Escucha bondadosa mi reclamo.  
 Si á tanto tu poder supremo alcanza,  
 Da vida á mi esperanza.  
 Porque rendido y ciego yo te amo.»

Tal como la mujer enamorada  
 Envuelve en su mirada  
 Llena de bien al hombre á quien adora,  
 Y efluvios poderosos derramando,  
 Más y más va hechizando  
 Al mortal con su magia seductora;

Y al ver que con su encanto le fascina,  
 Que alcanzará adivina  
 El triunfo en el combate que sostiene,  
 Y á veces sonriendo, á veces triste,  
 En cautivar insiste  
 A quien ya Amor encadenado tiene;

Así la hermosa ninfa, sonriendo,  
 Su poder ejerciendo  
 Está en el rey altivo y valeroso.  
 Llamas de amor despiden sus pupilas  
 Que tiernas é intranquilas  
 Le ven, arrebatándole el reposo.

Compadecida al fin del sufrimiento  
 Del joven, con acento  
 Dulcísimo, que al príncipe embelesa;  
 Un bienestar inmenso derramando  
 En él, al ir hablando,  
 Así de nuevo la visión se expresa:

« No son, señor, las ninfas ni las hadas  
 Que tienen encantadas  
 Las mansas ondas del cercano río,  
 Las que llegar me hicieron á tu lado:  
 Es menos elevado  
 Que el de los genios el origen mío.

« Mortal soy como tú: de humana esencia  
 Proviene mi existencia,  
 Que no obedece á mágico misterio.  
 COYOLICALTZIN soy, la hija adorada  
 De Ahuizotl, que impulsada  
 Hacia tí, deja el mexicano imperio.

« El valor indomable y la grandeza  
 Del rey Cosijoeza  
 Los ecos de la fama proclamaron;  
 Y al llegar hasta mí tales rumores,  
 Los más tiernos amores  
 Por ese rey en mi alma germinaron.

« Cedi al amor, y al encontrarme esclava  
 Sentí que devoraba  
 Todo mi sér de la pasión el fuego.  
 Imploré de los dioses la ventura,  
 Y hasta la azul altura  
 Llegó por fin mi fervoroso ruego.

« Los númenes propicios me ampararon:  
 Primero mitigaron  
 De mi pasión el sufrimiento odioso;  
 Después en blanca nube me envolvieron  
 Y amantes me dijeron:  
 « Vas presto á ver á tu futuro esposo. »

« En éxtasis divino sumergida  
 Sentí que extraña vida  
 Llena de bien de mí se apoderaba.  
 Rauda crucé campiñas deliciosas  
 Y montañas fragosas  
 Cuyo suelo mi pie jamás hollaba.

« Y luego, caminando en el vacío,  
 Llegué al cauce del río  
 Que cerca de esta gruta corre inquieto.  
 « Entra allí, me dijeron con ternura,  
 « Que allí de tu ventura  
 « Encontrarás el cariñoso objeto. »

CAPILLA ALFONSO DE ESPAÑA

« Penetré á este lugar, y enajenada  
 Al verte, renovada  
 Sentí de amor la llama adorñecida.  
 Mis ojos en los tuyos se miraron,  
 Y la esperanza hallaron  
 Que en mi dolor consideré perdida. . . »

« ¡ Coyolicaltzin, fuente de hermosura,  
 Tú el bien y la ventura  
 Con tu voz en mi sér has derramado ! »  
 Así interrumpe á la gentil doncella  
 El rey, que está por ella  
 En las redes de Amor aprisionado.

« Tu esclavo soy, prosigue; y si es mentira  
 Lo que miro, ó delira  
 Mi mente que benéfica recreas;  
 Ya me halague un encanto misterioso,  
 Ya un sueño delicioso,  
 Hada, ninfa ó mujer, bendita seas ! »

Fija Coyolicaltzin su mirada  
 Dulce y apasionada  
 En el que delirante la bendice;  
 Y la mano del príncipe oprimiendo  
 De nuevo, sonriendo,  
 Con cariñosa voz así le dice :

« ¿ No sientes el calor del sér humano  
 En mi convulsa mano?  
 ¿ Mi terrenal origen no adivinas  
 En esta agitación que me devora?  
 ¿ Que á engañarte traidora  
 He venido á tu lado te imaginas ?

« Yo soy una mujer ; te lo aseguro.  
 No broté á tu conjuro  
 De entre las aguas del sereno río.  
 Del Anáhuac los dioses me trajeron,  
 Porque calmar quisieron  
 Las ansias de mi amante desvario.

« Calma tu frenesí, y óyeme atento :  
 El mismo sentimiento  
 De amor que mi presencia te ha inspirado  
 Arde en mi pecho que por tí se inflama ;  
 Una misma es la llama  
 Que en nuestros corazones ha brotado.

« Siendo tú de mi padre el enemigo,  
 Este amor que hoy bendigo,  
 Antes, te lo confieso, me espantaba,  
 Porque voz misteriosa me decía  
 Que nunca llegaría  
 A cumplirse la dicha que soñaba.

« Pero mi padre, cuyo nombre aterra,  
 Cansado de la guerra,  
 Su amistad poderosa va á ofrecerte;  
 Si logras que ese dón del soberano  
 Selle yo con mi mano,  
 De nuestro mutuo amor harás la suerte. »

Sintió Cosjoeza á estas razones  
 Crecer las ilusiones  
 Que al mirar á la dama concibiera;  
 Y tregua dando á su letal tormento,  
 Con el vehemente acento  
 De la pasión, le habló de esta manera:

« Coyolcaltzin, noble y soberana  
 Princesa mexicana,  
 Que reina debes ser de la hermosura,  
 Bendigo de los dioses la clemencia  
 Que trae á mi presencia  
 Al sér de quien dimana la ventura.

« Esclavo del amor que en mí se encierra  
 Doy término á la guerra  
 Que acepté del monarca mexicano,  
 A quien, libre de enojo y de rencores,  
 Mandaré embajadores  
 Con la paz y en demanda de tu mano. »

Dijo, y fijando en la mujer amada  
 Su luciente mirada  
 La envuelve en el fulgor de su ternura.  
 Toma su breve mano, á la que llega  
 Los labios, y se entrega  
 A un dulce arrobamiento de ventura.

Así, en grato silencio, y confundidos  
 De los dos los latidos,  
 Amor con las miradas se juraron;  
 Y conservando el cuerpo la pureza,  
 Con celestial terneza  
 Las almas de los dos se acariciaron.

Después Coyolcaltzin, anhelosa  
 Cual leve mariposa,  
 En derredor se agita de las flores.  
 Toma de allí la esencia delicada  
 Que tienen encerrada,  
 Y en el príncipe vierte sus olores.

« ¡Adiós! le dice luego con dulzura;  
 Mi amor que es tu ventura  
 Te aguarda en el imperio mexicano.  
 ¡Quédate, adiós! tu esposa prometida  
 Será reconocida  
 Por el lunar que miras en mi mano. »

Dijo, y en ese arrobador instante,  
 Mostrando al regio amante  
 La señal que su mano contenía,  
 En la nube se oculta de repente  
 A la vez que en Oriente  
 Claro y radiante el sol aparecía.

Espléndida despierta la mañana :  
 De reluciente grana  
 En fondo azul se extienden los celajes :  
 Y es que, del claro día precursora,  
 De su lecho la aurora  
 Descoje los carmíneos cortinajes.

Sale la nube de la gruta al río  
 En tanto que sombrío  
 Queda en nuevo sopor el rey guerrero.  
 El zenzontli, saltando en la enramada,  
 Con voz enamorada  
 Del día anuncia el resplandor primero.

Vuelve el monarca en sí y en torno gira  
 La mirada; suspira  
 Recordando el ensueño delicioso.  
 Después, marchando en pos de la ventura,  
 A salir se apresura  
 Y á la ciudad dirígese anheloso.

La gran Tenochtitlán alborozada  
 Se encuentra engalanada  
 Ostentando sus múltiples primores.  
 Cubren las casas verdes carrizales ;  
 Los lagos y canales  
 Recinto son de palmas y de flores.

Llegan de la laguna á los confines  
 Los flotantes jardines  
 Que como islas de flores aparecen.  
 De plantas aromáticas cubiertos  
 Perfuman esos huertos  
 El líquido cristal en que se mecen.

Del pueblo muchedumbre bulliciosa  
 Recorre presurosa  
 De la ciudad los públicos lugares.  
 Imperan el placer y la alegría ,  
 Y todos á porfía  
 Abandonan en masa sus hogares.

De los suntuosos templos las fachadas  
 Están aderezadas  
 Con tapices de nardos y de rosas  
 Que el reino Xochimilea ha fabricado,  
 Y en los que está expresado  
 El júbilo en labores caprichosas.

Clamor inmenso súbito resuena  
 Que la ciudad atruena  
 Cual si bramara el huracán violento;  
 Y en ese grande y espontáneo grito,  
 Con ardor inaudito  
 La multitud expresa su contento.

Cruzando la calzada del Oriente  
 Avanza lentamente  
 A la ciudad lujosa comitiva.  
 Es del rey zapoteca el mensajero  
 De paz; y lisonjero  
 El pueblo lo aclamó con ansia viva.

Ahuizotl en su espléndida morada  
 Espera la embajada  
 Del que fuera en las lides su contrario.  
 Circunda el trono de sin par grandeza  
 La más alta nobleza  
 Que va á asistir al acto extraordinario.

Adornan el salón ricos festones;  
 En tazas y en jarrones  
 De áureo metal estréchanse las rosas,  
 Esparciendo su mágica fragancia  
 En la elegante estancia  
 Revestida de galas primorosas.

Para guardar el interior espacio  
 Del imperial palacio,  
 En formación se ven filas guerreras,  
 Ya al águila salvaje semejando,  
 Ya la forma tomando  
 De víboras, jaguares y panteras.

Se oye el són de los roncós atabales  
 Que al pueblo da señales  
 De que abre su mansión el soberano.  
 La comitiva zapoteca avanza  
 Sembrando la esperanza  
 De la paz en el reino mexicano.

Del sumo sacerdote precedida  
 Es luego recibida  
 Por Ahuizotl la comitiva egregia,  
 Que ante el monarca excelso, reverente  
 Inclinando la frente  
 Va cuenta á dar de la demanda regia.

El saludo devuelve el soberano  
 Del reino mexicano  
 Al noble embajador de su enemigo.  
 Éste inclina de nuevo la cabeza  
 Sin ajar la grandeza  
 Que de su invicto rey lleva consigo.

Yérguese luego, y con la voz segura,  
 A la que dar procura  
 Altivo tono, exento de jactancia,  
 Se expresa así, los pechos conmoviendo  
 De los que van oyendo  
 Su natural patriótica arrogancia :

« Noble señor de Anáhuac; poderoso  
 Monarca del grandioso  
 Y floreciente imperio mexicano,  
 Dignate recibir benignamente  
 El liberal presente  
 De amistad de mi augusto soberano. »

Dijo, y á su señal la comitiva  
 En actitud altiva  
 Los ricos dones de su rey entrega.  
 Luego el embajador, vuelto hacia el trono,  
 En resonante tono  
 Estas palabras con calor agrega :

« Con delicadas plumas de colores  
 Que roban á las flores  
 Su inimitable mágica tersura,  
 Un manto á tu persona destinado  
 Encontrarás guardado  
 En esa piel de nítida blancura. »

« En esos vasos de oro reluciente  
 Magnífico presente  
 Hallarás de preciosa pedrería.  
 Con ésto mi señor quiere expresarte  
 Su amistad, y mostrarte  
 Que iguala su riqueza á su osadía. »

« Él acepta la paz por tí propuesta,  
 Y no porque funesta  
 La guerra debilite sus Estados;  
 Sabe que siempre por el patrio suelo  
 Lidiarán con anhelo  
 Los zapotecas nobles y esforzados. »

Oye Ahuizotl en actitud tranquila  
 La arenga; no vacila,  
 Y vence la emoción que le devora.  
 Luego, fijando suspicaz mirada  
 En la regia embajada,  
 De esta suerte se expresa en voz sonora :

« Gozoso acepto el liberal presente  
 De tu señor valiente  
 Que sus armas en lid midió conmigo.  
 La paz, que es de los pueblos la alegría,  
 Queda desde este día  
 Asegurada, con lealtad lo digo. »

Siente latir en tan feliz momento  
 Con impetu violento  
 Su corazón el bravo zapoteca;  
 Y luego, conmovido y anheloso,  
 Agrega presuroso  
 Con voz que la emoción en silbo trueca :

« Como firme señal de la alianza  
 Que da la bienandanza  
 A mi nación y al reino mexicano,  
 Demanda mi señor humildemente  
 Que benigno y clemente  
 De tu hija le des la augusta mano.

« No es de ambición el miserable ruego  
 El que turba el sosiego  
 Del generoso rey Cosijoeza.  
 En sueños vió el semblante de tu hija,  
 Y desde entonces fija  
 Tiene en el corazón su gentileza. »

Se estremeció Ahuizotl terriblemente ;  
 Anublóse su frente ;  
 Sus ojos en las órbitas giraron ;  
 Lanzó su pecho tétrico gemido  
 Semejante al rugido  
 Del león que las redes sujetaron.

Inclina luego la viril cabeza ;  
 Suspira, y con tristeza,  
 Pero guardando su imperial decoro,  
 Dice al embajador de su adversario  
 Que llega temerario  
 A arrebatarle su mejor tesoro :

« Siempre he sido leal : jamás mi pecho,  
 Vulnerando el derecho,  
 Obró, en sus arrebatos, con falsía.  
 He jurado la paz con mi enemigo,  
 Y ni rencor abrigo  
 Ni me impulsa cobarde alevosía.

« Me pides más que mi imperial diadema ;  
 La ventura suprema  
 Que más mis ilusiones alentara,  
 Era morir con las miradas fijas  
 En mis amantes hijas,  
 Cuya presencia el bien me derramara.

« Pero no mi amistad ofrecí en vano :  
 Otorgo, pues, la mano  
 A tu señor de la gentil princesa.  
 Vas aquí mismo á contemplarlas luego,  
 Y que expreses te ruego  
 Por quién tu soberano se interesa. »

Dijo, y á su mandato poderoso  
 Acude presuroso  
 Un anciano de noble gerarquía.  
 Sus órdenes recibe reverente ;  
 Se marcha, y diligente  
 De las princesas vuelve en compañía.

Son jóvenes las tres ; las tres hermosas  
 Como las tiernas rosas  
 Que nacen al llegar la Primavera.  
 Tienen todas la magia reservada  
 A su alcurnia elevada,  
 Y en todas ellas el orgullo impera.

Del rey Cosijoeza el enviado  
 Vacila contrariado  
 Delante de las tres encantadoras.  
 ¿Cómo elegir podrá si son iguales  
 Los rostros celestiales  
 De aquellas hermosuras seductoras?

De pronto alcanza con sus manos bellas  
 Una de las doncellas  
 Su tocado de rica pedrería,  
 Y muestra al zapoteca vacilante  
 En ese breve instante  
 Un lunar que su diestra contenía.

Mira el embajador al soberano,  
 Y tendiendo la mano  
 Hacia aquella bellísima princesa,  
 « La joven, dijo, á quien mi rey adora  
 Con pasión destructora,  
 Y cuya mano te demanda, es esa. »

Sintió Ahuizotl la punzadora herida  
 Que arrancando la vida  
 Produce padecer hondo y prolijo,  
 Y envolviendo á su hija más amada  
 En su tierna mirada,  
 Conteniendo su llanto así le dijo :

« ¡ Coyolicaltzin inocente y pura ;  
 Alma de mi ventura ;  
 Esperanza que en humo se convierte,  
 Forzoso me es cumplir lo prometido,  
 Aunque mi sér herido  
 Sucumba al fin por espantosa muerte ! »

A la nobleza se dirige luego,  
 Y con vehemente fuego  
 Que más que orgullo majestad denuncia,  
 Con voz solemne y distinguido porte.  
 Conmoviendo á la corte,  
 Estas palabras Ahuizotl pronuncia :

«Prenda es de paz mi idolatrada hija :  
 Felicidad prolija  
 A la nación dará mi sacrificio.  
 No siento, empero, torcedor aleve,  
 Que así es como obrar debe  
 Quien consagró á la patria su servicio.»

Luego al embajador, con voz serena,  
 Que ni dolor ni pena  
 Deja advertir, apresurado dice:  
 «Cumpro como monarca mexicano ;  
 Es de tu soberano ;  
 La otorga el rey, el padre la bendice.»



CUAUHTEMOC

32493

CAPILLA ALFONSO  
 S. M. I. N. O. V. E. N. T. I. S. I. M. O. N. A. R. C. H. A. P. A. R. T. A. M. E. N. T. E. S.